

## CIUDADANOS LIBRES, DISCURSOS ATADOS A PROPÓSITO DE UN TEXTO DE RAOUL VANEIGEM

Josep Pradas<sup>1</sup>

**Resumen** La libertad de expresión tiene sus riesgos, sobre todo cuando se plantea en su versión más extrema, como es el caso de Raoul Vaneigem, defensor de la libre circulación de ideas, incluso de las más descabelladas y estúpidas, por ejemplo la propaganda nazi. Vaneigem cree que la pugna de ideas en un escenario de libertad de expresión es capaz de prevenir los riesgos de que ideas contrarias a la humanidad circulen libremente. En cambio, la restricción política de la libertad de expresión, por bienintencionada que sea, supone mayores riesgos, porque puede acabar perjudicando las libertades particulares. El autor del artículo acepta la desconfianza de Vaneigem hacia los poderes políticos y mediáticos, pero critica su excesiva confianza en la pugna de ideas, porque ésta no se desarrolla en las condiciones de igualdad imaginadas por Kant, entre particulares dispuestos a discutir argumentos, sino que se da entre particulares que reciben información y corporaciones que la generan en laboratorios mediáticos privados. Ya no se trata de discursos libres emitidos por ciudadanos libres, sino de discursos atados para que los ciudadanos libres no alcancen el fondo de realidad.

**Abstract** Freedom of speech entails certain risks, especially if presented in its most extreme guise, as is the case with Raoul Vaneigem, defender of the free circulation of ideas, even the most stupid or wildest ones, for example Nazi propaganda. Vaneigem thinks that the fight between ideas in a stage where freedom of speech is allowed will well prevent the risk that ideas contrary to humanity will circulate freely. In contrast, political restriction of freedom of speech, even if well-meaning, poses bigger threats, since it may end up injuring individuals' freedom. I accept Vaneigem's misgivings about political and mass-media power, but I criticise his excessive faith in the success of the fight of ideas, since the fight does not take place in the conditions of equality Kant imagined, nor between individuals willing to discuss, but rather between individuals digesting information and corporations fabricating it in private mass-media labs. It is not the free speeches of free citizens any more, but rather bound speeches so that free citizens may not reach reality at its deepest.

Cuando hace unos meses se divulgaron por todo el mundo unas caricaturas que representaban a Mahoma, y de las cuales sólo unas pocas habían sido publicadas en un diario danés, algunos gobiernos islámicos pidieron al gobierno de Dinamarca una disculpa oficial por la ofensa cometida contra la fe musulmana (que prohíbe la

---

<sup>1</sup> Universidad de Barcelona.

representación de Mahoma). El gobierno danés respondió que, en cualquier caso, era al periódico a quien debían reclamar la disculpa, porque Dinamarca es un estado donde se reconoce la libertad de expresión y el gobierno no es responsable de lo que digan pública o privadamente sus ciudadanos. Probablemente, el gobierno danés no entendió totalmente el sentido de la reclamación de esos gobiernos musulmanes ofendidos: exigían al gobierno danés disculpas oficiales por la ofensa religiosa, pero también por permitir la libertad de expresión a los daneses.

Este grotesco episodio tuvo lugar no sólo debido a la coyuntura de enfrentamiento entre dos civilizaciones (no va a haber alianza si persiste la deriva religiosa del conflicto), sino también debido a las diferentes culturas políticas de los contendientes: los regímenes islámicos, integristas o no, no podrían sobrevivir a la libertad de expresión, mientras que los regímenes democráticos no se sostendrían sin ella. Ahora bien, algunos regímenes medianamente democráticos del área de influencia árabe han estado seriamente amenazados e incluso han sucumbido ante el integrismo islámico precisamente por la libertad de expresión de que gozaban sus ciudadanos y sus partidos políticos. Los que se oponen a la democracia pueden aprovechar los mecanismos democráticos para conseguir sus objetivos.

La cuestión del doble filo de la libertad de expresión parece de fácil solución allá donde los gobiernos oprimen a su pueblo: la única opción posible es la libertad pública y privada, la apertura a los derechos civiles y el respeto por los derechos humanos. Pero el conflicto de las caricaturas de Mahoma, planteado en nuestras asténicas democracias, es mucho más complejo porque desde aquí podemos analizar de más cerca los matices de la libertad, y en concreto de la libertad de expresión. Por ejemplo: en la mayoría de países europeos está prohibido expresar públicamente una opinión favorable al nazismo, e incluso se margina públicamente cualquier estudio que pretenda hacer una revisión a la baja de las cifras del Holocausto. Esto ocurre porque ha quedado la memoria histórica de que la república de Weimar fue derrotada por la libertad de expresión y movimiento, que los líderes nazis aprovecharon para ascender al poder. Ciertamente, pero al admitir esta explicación se suele olvidar que ésta no fue la única causa de la derrota de la débil democracia alemana en 1933.

Con todo, actualmente, el argumento de la seguridad de la democracia sirve para justificar la restricción de la libertad de expresión y de otros derechos civiles. En algunos países democráticos es legal violar el secreto de la correspondencia electrónica si concurren determinadas sospechas policiales, por ejemplo. Y frente a tales

restricciones, los ciudadanos libres de estos países democráticos se encogen de hombros, convencidos de que en las circunstancias presentes es mejor atar los discursos para garantizar la seguridad del régimen y de sus vidas privadas.

### **Libertad y seguridad**

El argumento es de cierto peso: si no confías en la libertad (de los otros), parece que por lógica habrás de confiar más en tu gobierno, que te protegerá de los posibles excesos de libertad de los otros. Pero si no confías en el poder, o en el uso que tu gobierno pueda hacer de ese gran poder que le has dado, has de volcarte tenazmente en la defensa de la libertad de todos. Este es el fondo de la defensa que Raoul Vaneigem hace de la libertad de expresión en su ensayo *Nada es sagrado, todo puede decirse* (Melusina, Barcelona, 2006). Vaneigem, desde la convicción de que el poder político está dirigido por el poder económico, cree que es absurdo y peligroso restringir la libertad de expresión y confía en las capacidades autorregulativas de los ciudadanos libres para asegurar que la libertad civil y personal no estará amenazada, si se permite que cada cual se exprese libremente incluso si sus mensajes son inmorales, inhumanos e infectos.

El dilema entre libertad y seguridad es de difícil resolución, porque los humanos deseamos ambas cosas y la naturaleza de una tiende a anular a la otra. El conflicto nos queda lejos porque vivimos en una democracia europea y solemos pensar más en términos de nuestras libertades y nuestros derechos, que tienen mucho peso en nuestro imaginario, que en la necesidad de vivir seguros. Pero el Leviatán hobbesiano reaparece cuando vemos a la amenaza más cerca que nunca, y nos replegamos bajo los brazos protectores del carnívoro más fuerte del lugar, a pesar del riesgo que corremos ser nosotros, pobres herbívoros, los devorados por nuestro protector. Renunciamos a la libertad como si esa renuncia no pudiera tener consecuencias directas sobre nuestras vidas, debido a que no estamos acostumbrados a desconfiar del poder político.

Vaneigem sí desconfía. En su libro pone de relieve todas las conexiones entre el poder político y el poder económico, y pone sobre la mesa un hecho indiscutible: vivimos en unas democracias incompletas que restringen nuestras libertades, incluida la de expresión. Vaneigem considera abusiva la persistencia de un marco penal que se aplica habitualmente sobre el simple ejercicio de la libertad de expresión. La censura legal sobre textos nazis, por ejemplo, parece ser un mecanismo protector de nuestra juventud y nuestra democracia, pero en el fondo impide que los ciudadanos puedan pensar por sí mismos, es decir, los toma por deficientes e incapaces de distinguir el bien

social de la barbarie. Además, ese poder legal que se siente capaz de legitimar un discurso y condenar otros, puede convertirse en un tirano mediático y construir una imagen unitaria del mundo, lo que se ha llamado el *discurso único*.

Reclama Vaneigem el derecho de los ciudadanos a revelar secretos oficiales y policiales. La transparencia debe imponerse al poder político y mercantilista. La libertad de expresión absoluta tiene como contrapartida la desconfianza absoluta en el silencio del poder. Del derecho a la libre expresión se sigue el derecho civil a controlar el poder político, que no debe poder esconderse en secretos. Es ésta una versión actualizada de la cláusula contra la diplomacia que escribe Kant en *La paz perpetua*.

Respecto al tema de la incitación al odio y a la violencia, fenómeno que puede darse libremente en un régimen de absoluta libertad de expresión, Vaneigem es más prudente. Entiende que no puede ser objeto de un discurso sin matices, que toda valoración de la cuestión ha de depender del contexto en que se desarrolle cada acto concreto, es decir, en la medida en que la expresión se acerque al terreno de la acción. No es equiparable un discurso racista sin más que publicar una lista de judíos con sus domicilios en un panfleto nazi.

### **La tenue línea roja**

Un primer inconveniente aparece en este argumento: la diferencia entre acción y expresión es una tenue línea roja. Si tenemos en cuenta que, a efectos prácticos, la esencia social del sujeto humano consiste primordialmente en su presencia en el espacio público, sea bajo la forma de una manifestación puramente física o bajo la forma de un discurso, todo ello constituye el elenco de acciones posibles y, asimismo, el elenco de las expresiones posibles de lo humano. Las acciones expresan tanto como actúan las expresiones. Llevar un chador, una boina o un turbante es, además de una expresión (cultural, religiosa, etc.), también una acción ante los demás. Hacer público un manifiesto racista es también una acción, y es muy complicado valorar sus consecuencias y adelantar que no tendrá las mismas que publicar una lista de judíos. Recuérdesse que Lutero se limitó a clavar en la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg un pliego con sus famosas 95 tesis contra Roma. Al ejercer su libertad de expresión llevó a cabo también una acción cuyas consecuencias seguramente no pudo nunca imaginar. Es muy complicado establecer la frontera entre lo que sólo es expresión y lo que es acción, para luego limitar una u otra.

Es cierto que proteger la pluralidad restringiéndola no parece ser el mejor de los caminos, pero en el terreno práctico es necesario poner una frontera y tomar partido por unos y, como un mal menor, excluir a otros, a los que decididamente apuestan contra la pluralidad, pero sin olvidar que la nuestra es también una simple apuesta pragmática. La grandeza de la democracia consiste en su debilidad, pero no es cuestión de engrandecerla todavía más dejando libre el camino a posibles tiranos.

Vaneigem, desde luego, sí toma partido, y claramente apuesta por la libertad de expresión sin limitaciones. Es un riesgo que corre y asume. La libertad de expresión es esencial en un entorno político respetuoso con la pluralidad de opiniones y formas de pensamiento y cultura. Restringirla, piensa, para evitar sus inconvenientes, conduce a restringir la pluralidad misma, y tal cosa resta valor democrático al Estado. Todo tipo de censura oficial, por bienintencionada que sea, supone la existencia de un organismo que decida arbitrariamente dónde se pone la frontera entre lo sagrado y lo sacrílego en una sociedad. Volvemos al discurso único.

Contra ello, Vaneigem confía en la libre circulación e intercambio de opiniones. La pugna de las ideas sirve por sí misma de filtro para que prosperen las buenas ideas y queden relegadas las desafortunadas, mediante la libre discusión entre ciudadanos libres en un escenario público. Las estupideces se desvanecen por sí solas, en cuanto se manifiestan ante los hombres sensatos, afirma. Vaneigem tiene una confianza kantiana en la capacidad de la libertad de expresión para anular las fuerzas que impulsan a los hombres a enturbiar el medio social, y para imponer la transparencia al poder mercantilista y alejar la violencia del entorno humano, pues “nada como la belleza para desalentar el vandalismo”. La libertad de expresión puede servir para descubrir la corrupción del poder e incitar a la ciudadanía a recuperar la dignidad y su deseo de participación en la construcción social. Es una confianza también kantiana en la superación progresiva del pasado inhumano y decadente a través de la libertad, en pos de un futuro que dignifique lo viviente y sea superado el mercantilismo capitalista. Los hombres están desnaturalizados por una economía de la predación que les ata al sentido mercantil, del cual han de liberarse. La naturaleza bondadosa del hombre, piensa Vaneigem, si puede expresarse libremente, mediante una apelación a la conciencia moral, puede conseguir ese objetivo.

### **Demasiada libertad**

Quizás Vaneigem confíe excesivamente en la naturaleza bondadosa del hombre. Estamos ante un nuevo Rousseau. Hay en él una tendencia a descalificar como inhumano todo aquello contrario a su modelo ético, y de esta manera deja de advertir que en la naturaleza humana hay un predador al que hay que ponerle freno y atarle las manos (y acaso también cerrarle la boca). No asumir que lo humano tiene un lado oscuro impregna todo el escrito de Vaneigem y desluce el resultado final de una reflexión generalmente lúcida. No hay razones para dudar de la necesidad de la libertad de expresión, pero sí para dudar de la confianza que el autor deposita en ella como recurso liberador del hombre.

En su análisis recurre insistentemente a conceptos como *desnaturalizado*, que es contrario al espíritu pluralista en que se enmarca la defensa de la libertad de opinión. En el modelo pluralista, todo es un constructo artificioso, de orden lingüístico, que no puede someterse al dictamen de la naturaleza, porque la naturaleza forma parte también de ese constructo artificioso. Pretender que las estupideces se deshacen solas al manifestarse públicamente, presupone que hay una realidad y una verdad escondidas que se resisten a toda disolución y plantan cara obstinadamente al engaño. El ser, al final, no acabará emergiendo de ninguna forma, porque el ser es discurso y todo discurso puede ser engañoso, puesto que, como Vaneigem dice, nada es sagrado.

Su crítica al mercantilismo es honorable en un intelectual de la izquierda resistente, pero es, en el fondo, incompatible con la defensa de la libertad y el pluralismo. Podemos estar de acuerdo en que, como pretende el mercantilismo, reducir la libertad de las personas a expresarse comprando es una operación de bajo calado. Pero si uno se dispone a atacar el sistema de libre mercado ha de ser valiente y atacar también la libertad personal, porque allá donde hay libertad personal surge el intercambio y la búsqueda del beneficio, ya que los deseos y las necesidades se manifiestan sin ambages, y a la vez se manifiestan los sujetos y las organizaciones que pueden darles satisfacción. Sólo una sociedad sin libertades personales o sin necesidades puede ser una sociedad sin mercado libre, y ninguna de las dos opciones parece deseable. Para eludir los inconvenientes del mercado hay que abolir el mercado mismo o someterlo a un férreo control político legítimo, en lugar de ampararse en conceptos sospechosamente fantásticos como *comercio sostenible*, *comercio justo*, etc. Para eludir los inconvenientes del exceso de libertad de unos sobre las limitaciones de otros puede

recurrirse a abolir ciertos espacios de libertad colectiva desde la legitimidad democrática, y tal cosa podría incluir ciertos niveles de control sobre la libertad de expresión, sobre todo en áreas como la publicidad, donde de hecho se aplican medidas legales sin ningún tipo de recelo democrático. El error de la izquierda pluralista consiste en tener demasiados escrúpulos para tocar un terreno, el del pluralismo, que se toma por demasiado delicado, cuando es el que mayor resistencia a ofrecido a lo largo de la historia humana. La pluralidad no se defiende dejando que todos los discursos pugnen entre sí, contemplando la lucha con la satisfacción de mantener inalterado el escenario de la pluralidad; se defiende impidiendo que los discursos contrarios al pluralismo tomen el escenario y se deshagan de los que les desagradan arbitrariamente.

Otra cuestión es si desde el poder legítimo es factible llevar a cabo semejante control sobre el magma de discursos que fluye por el escenario público. Vaneigem no tiene en cuenta que la libertad de expresión y circulación de ideas genera actualmente tal saturación de información que se crea una inmensa nube de referencias, y sólo los agentes mediáticos de peso poseen los sistemas necesarios para controlar los flujos de información y deshacer la nube, cosa que permitiría mostrar con nitidez los mensajes que describen el mundo, pero realmente conduce a construir otra imagen nítida del mundo al gusto de los agentes mediáticos, o al gusto del público mayoritario, o al gusto de los críticos, etc. Es decir, que otros, desde dentro, deciden de forma unitaria qué elementos pueblan nuestro paisaje experiencial y de referencias. Puede que no haya un discurso único, pero desde luego es evidente que ningún discurso es fiable. Nada es sagrado, todo puede decirse, pero todo es sospechoso.

El libre intercambio de ideas y discursos puede convertirse en el único criterio de legitimación de las concepciones del mundo, pero los discursos no pugnan en igualdad de condiciones. Actualmente, el discurso *legítimo* sobre el Holocausto favorece a los judíos, porque pugna con el revisionismo con la ventaja del apoyo de la comunidad científica, la simpatía de una gran mayoría de los ciudadanos, y las leyes que prohíben todo tipo de apología del nazismo. Si desapareciese ese apoyo generalizado, la pugna se realizaría en un terreno libre, en igualdad de condiciones entre los contendientes. Pero el conflicto entre discursos no se produce en estas condiciones, que son ideales, ni se resuelve a través de los argumentos y los juicios de los ciudadanos libres (como Vaneigem cree), sino a través de los apoyos externos que cada discurso recibe. Si el revisionismo recibiera apoyos mediáticos suficientes, su discurso alteraría la imagen

general del Holocausto, alteraría la verdad, alteraría los hechos. La Historia la escriben los vencedores, pero décadas después la pueden recomponer los perdedores.

El escenario de la discusión pública no es, en efecto, un centro de intercambio de ideas libres entre ciudadanos libres, sino que está controlado por corporaciones mediáticas que manipulan interesadamente los contenidos de los mensajes. De hecho, las ideas ya son filtradas antes de ser puestas en circulación en los canales de difusión de masas, de modo que las ideas e informaciones inconvenientes son desplazadas hacia canales marginales. Los ciudadanos libres están, uno por uno, en franca desventaja respecto de las corporaciones mediáticas, porque los discursos están atados, y bien atados.